

1962

**El Instituto de Cinematografía  
de la Universidad Nacional  
del Litoral, Santa Fe**

*Fernando Birri*

*Saldo de una experiencia*

El Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional del Litoral es hoy, septiembre de 1962, un hecho físico. Tiene casa, sillas, pizarrones, biblioteca, filmadoras, reflectores, grabadores, kilómetros de película virgen, laboratorios, sala de montaje, está preparando la instalación definitiva de su sala provisoria de sonido, y proyecta su planta-piloto de revelación y copia. Tiene, también, un cuadro completo de profesores y alumnos organizados en la práctica como equipos de realización y una propia metodología de trabajo. Y, además, un catálogo de filmes documentales realizados (16 y 35 mm), blanco y negro y color, pantalla normal y panorámica, centenares de millares de espectadores, premios nacionales e internacionales.

¿Qué es esa Escuela, qué es el Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional del Litoral que le da origen? ¿Para quién?

Para los alumnos presentes y futuros de ese Instituto, fundamentalmente; también para el equipo operativo de la Escuela Documental de Santa Fe, que ha vivido estas páginas; sin excluir otros grupos de cine interesados en el desarrollo de una experiencia piloto.

¿Para qué?

Para transferir el saldo de una experiencia contra el subdesarrollo cinematográfico en Latinoamérica. Con todos sus logros, sus errores y sus rectificaciones. Para que esos alumnos presentes y futuros conozcan mejor las causas que originaron esta escuela en la que trabajan y se proyectan así con fuerza hacia sus fines. Para que ese equipo operativo tenga presente su fructífero y responsable entusiasmo, y lo preserve del desgaste del tiempo. Para que esos otros cinematografistas que participaron o no en esta primera experiencia, encuentren en ella un punto de apoyo, de referencia, de estímulo.

(Pues si bien al rendir cuentas de la misma, entendemos resumida en el punto de llegada de un ciclo, con la misma convicción entendemos que —dialécticamente— ése no es sino un punto de partida para nuevas, compartidas experiencias.)

*Nace una experiencia cinematográfica*

Discutimos bastante con la Dra. Romera Vera y los muchachos del grupo organizador del Instituto de Cinematografía lo que teníamos que decir en este prólogo —explicábamos abriendo nuestro primer cuaderno de “Fotodocumentales” santafesinos.<sup>1</sup> Llegamos a la conclusión que debíamos escribir algunos párrafos comunicando simplemente cómo habíamos realizado nuestro trabajo, cómo había nacido nuestro Instituto de Cinematografía, para que la experiencia sirviera de algo, al menos en parte, a otros grupos de la nación enfrentados a necesidades y dudas similares. Pues bien, cuando el Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral me llamó para dar un cursillo sobre cine a principios de este mes surgió, inmediata, la propuesta, o mejor la pregunta más que la propuesta, si no era posible tener una escuela, un instituto de cine, se llegó hasta hablar de una Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas. Conocemos bastante nuestro país para saber hasta qué punto nobles iniciativas de toda índole, argentinos entusiasmos, han quedado sofocados bajo interminables andamiajes burocráticos. Por otra parte, no me sentía con paciencia de profesor ni creo, desde hace mucho, en las escuelas de arte en abstracto, donde se ilusiona con enseñar meramente una técnica con prescindencia de los contenidos espirituales que a ésta dan sentido artístico y justificación cultural en el ambiente dentro del cual dicha escuela debe actuar —litoral, 1957 para adelante, en este caso—: nos parecía, en consecuencia, que solamente a título de hombre de cine y pensando en la formación de nuevos planteles para una futura cinematografía nacional, podía encanarse esta iniciativa; hicimos entonces nuestra contrapropuesta: al extenso proyecto de una futura Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas Santafesina contrapondríamos por ahora un modesto, amical, casero cursillo de cinematografía complementado por clases prácticas, una especie de seminario de cine de cuatro días de duración: si esto salía bien, ya veríamos cuál sería el próximo paso. Esto salió bien: durante los cuatro días de duración del cursillo concurren más o menos 130 alumnos, digo más o menos porque empezamos con 130 y al revés de lo que sucedía generalmente con similares cursillos sobre otros tópicos, que se iban diezmando a medida que avanzaban, nosotros juntamos cinco por el camino y terminamos

con 135 muchachos y chicas, entre ellos jóvenes escritores, plásticos y músicos de la ciudad, socios de los cineclubes, integrantes de los teatros independientes, pero, sobre todo, estudiantes secundarios y universitarios, asistentes sociales, maestros. Los cursos se dictaron en las aulas de la Facultad de Derecho; por la tarde los teóricos, según el programa desarrollado por Luigi Chianini en el Centro Sperimentale di Cinematografía de Roma (por dos razones: trataba, de este modo, de transmitir lo que a mi vez había aprendido cuando alumno de aquel Centro; la otra razón consistía en que los nuevos alumnos podían contar, para fijar y rumiar los conceptos vertidos durante el cursillo, con el libro *Il film nei problemi dell'arte*,<sup>2</sup> del mismo Chianini, que se acababa de traducir). Podemos agregar en un esfuerzo por ser coherentes con las razones que acabamos de exponer, que en este momento de la evolución cultural del país, nos preocupa y nos merece mucho mayor respeto una posición de utilidad que una posición de originalidad. La primer noche dedicada a prácticas, en cambio, transportamos una destartalada linterna mágica desde la Facultad de Química y proyectamos contra la pared del aula Alberdi dos fotodocumentales completos, pescados entre el papelerío que habíamos traído de Italia: *Un paese*, con textos de Zavattini y fotografías de Paul Strand e *I bambini de Napoli*, textos de Domenico Rea, fotos de Chiara Samugheo.<sup>3</sup>

El auditorio se quedó primero mudo, después hablamos, comentamos, polemizamos, el último grupo se deshizo en la esquina de lo. de Mayo y Suipacha casi a las cuatro de la mañana. Lo esencial era que ahora todos estábamos llenos de preguntas, no se trataba —y esto había quedado claro desde la primera introducción al tema de esa tarde— de repetir, de copiar sin más ni más una acertada experiencia italiana, pero sí de saber, de probarnos a nosotros mismos hasta dónde era posible una asimilación de toda esa experiencia vital con la cual ha tonificado el arte cinematográfico la actitud neorrealista (que, no me cansaré de repetir, antes que un estilo cinematográfico es una actitud moral). En otras palabras, no se trataba de hacer cine neorrealista en la Argentina pero sí de hacer entender —y sobre todo hacer sentir— hasta qué punto es necesario que el arte cinematográfico, en virtud de sus propios medios expresivos, se afiance en la realidad de las imágenes que caen bajo nuestros ojos, bajo nuestros objetivos, y hasta qué punto ese realismo, la realidad de esas imágenes, NO PUEDE DEJAR DE SER la realidad de nuestra misma región, de nuestra misma nación, de los temas y problemas que por ser regionales son también nacionales y en todos los casos

urgentemente humanos. Bueno, que a partir de ese momento tuvimos clara la sensación de embarcarnos en algo concreto. Si a esto se agrega que el cursillo estaba organizado con el respaldo del Instituto Social de la Universidad, lo cual le señalaba una búsqueda y finalidades bien responsables, no resultará difícil comprender cómo a la misma noche siguiente, después de la lección teórica de la tarde sobre forma y contenido, los muchachos y chicas que en el interín habían conseguido la adhesión efectiva del benemérito Foto Club Santa Fe, planeaban los fotodocumentales que sobre su propia ciudad, alrededores y habitantes, realizarían. Así lo hicieron, en efecto. Durante los dos días más que duraron las lecciones —las cuales a todo esto ya habían pasado a ser diálogos colectivos— se organizaron los grupos, se planeó el modo de llevar a la práctica el trabajo (a la gente explíquenle lisa y llanamente lo que van a hacer), se decidieron los temas. El lunes siguiente por la noche, es decir, puntualmente una semana después de la iniciación del cursillo, con la misma linterna mágica con que habíamos proyectado los fotodocumentales italianos, proyectábamos —todavía aproximados, desenfocados, incompletos, pero todos con idéntica carga de sinceridad— nuestros primeros fotodocumentales santafesinos.

Son los hombres, mujeres, chiquilines, patios, callejones, carros, vías, quemas, mercados, puentes, islas, trabajos, miserias, disconformidades, que hoy ponemos bajo los ojos de ustedes. Explicar lo que es un fotodocumental nos parece innecesario, pues los que aquí se ven dan de algún modo la idea de ello; podemos aclarar, eso sí, que su eficacia radica en ser una especie de libreta de apuntes (apuntes de texto, de temas, de argumentos, y apuntes fotográficos de rostros, personajes, ambientes) para futuras películas documentales o argumentales a filmarse. Y aun en los casos en que la película no se filme, el fotodocumental vale también por su valor autónomo de convicción, de persuasión, por su fuerza de testimonio directo —literario, visivo— de una realidad irrefutable. Algunos se preguntarán, nos preguntarán por qué no hemos hecho por ejemplo el convento de San Francisco en el sur de la ciudad o los jacarandas del norte, que también son Santa Fe y tienen, unos, esos travesaños tan bellos tallados a mano con hacha por los indios y otros, ese color lila tan alegre cuando florecen en el aire de la primavera. Podemos contestarles que la técnica del fotodocumental, en principio, no excluye una posibilidad similar, pero que nos comprendan en nuestra urgencia por poner esta técnica —y la técnica del filme en general— al servicio de preocupaciones mucho más inmediatas, que no dejan tiempo ni

para pensar ni para fotografiar por ahora los travesaños ni las flores del jacaranda. Hablamos en nombre de todos los grupos, pues aunque se dejó claro desde el primer momento la absoluta libertad de elección del tema, en esto coincidimos: a ninguno se le ocurrió fotografiar ni entrevistar los travesaños ni las jacarandas. No ignoramos que además de los presentados, que además de los pibes que chirolean al paso del tren, que además del hacinamiento de los conventillos, de la falta de luz, de higiene, de la escasez de agua en las barriadas, del desvalimiento de la vejez, del abandono de la infancia, de las dificultades cotidianas en la lucha por la vida —¿vida?— de nuestros hombres y mujeres, hay muchos otros temas —más gentiles o coloridos— que nos recordarán que también se hubieran podido tocar, porque también son Santa Fe. No podemos sino contestarles del mismo modo: que éstos que aquí presentamos también son Santa Fe.

## NOTAS

<sup>1</sup> “Fotodocumentales”, Instituto de Cinematografía de la UNL, Instituto Social, Santa Fe, Argentina, 1956.

<sup>2</sup> Luigi Chiarini, *El cine en el problema del arte*, Buenos Aires, Losange, 1956.

<sup>3</sup> *Un paese*, Turín, Einaudi, 1955; “I bambini di Napoli”, núm. 63 de la revista *Cinema Nuovo*, dirigida por Guido Aristarco, Roma, 1955.